



Erasmo Zarzuela

Si se dice que los diamantes tienen una hermosa limpidez, ¿cómo nombrar entonces la limpidez del agua de mi vaso? ¿Cómo calificar esa flor sin igual?
-¿Potable?

Francis Ponge

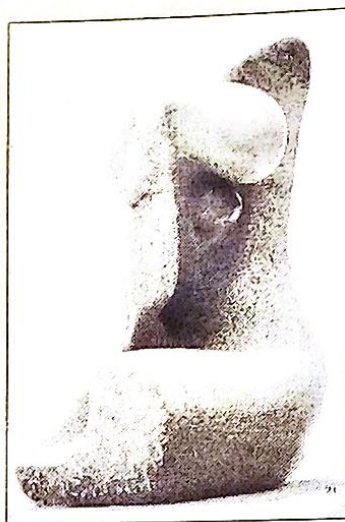


el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamin chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5254855 - 5276816
e-mail: oruduende@latinmail.com



Zona Franca Oruro S. A

Caricias



"Ternura". Emiliano Luján Sandóval.

Habían discutido hartamente sobre el tema y en muchas oportunidades y lugares. Para ella, las caricias eran tan sólo el contacto físico, la sensación dérmica, el estremecimiento y el deseo. Para él en cambio, acariciar era más que tocarse tan sólo. Podía acariciarse con la mirada, o con las palabras, o hasta con un gesto. Y buscaba siempre esas caricias más que las otras. Y las discusiones se sucedían por el tema. El contacto de sus cuerpos era siempre gratificante, pero eran momentos y como tales, pasaban. La dimensión tiempo y la del espacio, finalizaban y entonces todo era rutina y una nueva espera de las siguientes caricias.

Pasado el éxtasis, sobrevinía una modorra incalculable y a través de ella, el inevitable desasosiego. Acariciaba él el tiempo, los pensamientos, las figuras, las letras y los sonidos. Y en esto, creía y quería acariciarla también a ella.

Acariciaba la lentitud de la tarde y cuando miraba el horizonte, quería transportarse al cielo con levedad de pluma para acariciar el aire. Y su vida pretendía alargarse en caricias cotidianas, en fugaces y constantes ocasiones, en lánguidas y sostenidas horas, en diálogos apasionados y en tremendos momentos. Tenía además una memoria de las caricias, ya que las había guardado como en un archivo, recobrándolas cuando las necesitaba. De ese modo, sustituía sus necesidades de afecto cuando no lo tenía, acordándose de aquella ocasión, de aquel día, o de ese otro momento. Había siempre así presente, el ascensor de la tarde del viernes, la cena del domingo de fin de verano, la vista de la ciudad desde el ómnibus, la canción improvisada en el cumpleaños, el libro leído mientras llegaba el sueño, las palabras y frases que pronunciaron mientras esperaban que hirviera el desayuno, la manera en que se miraron como si no se conocieran al estar de pronto solos en la antesala de un despacho, cualquiera, y claro, cómo no, las tantas y tantas ocasiones en que sus cuerpos hablaron por sí solos derrochando caricias sin usura alguna.

La vida así pasaba para él y ella, negándoles la descendencia. Esta vida que encarriló la esperanza para ella, traduciéndola en amor físico, en contactos de piel que eran a lo que se aferraba para no pensar en las mil formas de sustituir las caricias divinas que tendrían que estar destinadas a una hija tan esperada, pero que nunca pudo llegar. Esta misma vida que destinó para él en cambio, mil y una maneras de acariciar la esperanza, que nunca moría por tener el gozo y el milagro de destinar esas caricias y muchas miles más que podían inventarse, hacia un hijo angustiosamente anhelado.

Sus charlas y comentarios triviales pretendían sustituir en vano aquel sueño y las horas y días se chorreaban por entre los relojes, alargando algo que inexorablemente se parecía a una agonía feroz y que los dos sabían iba a terminar con lo suyo, más temprano que tarde. Las caricias seguían sucediéndose, casi siempre sólo por la noche y entre sábanas hogareñas, tratando de aferrar la vida en finales orgásmicos, que no tenían fruto alguno. Así llegó el día en que las caricias físicas se gastaron y ya no hubo más con qué sustituirlas, ya no hubo más qué inventar ni disimular y en cambio, fue el aceptar que las caricias eran algo tan distinto para una y otro, lo que puso fin a esta historia.

Caricias, tan sólo caricias. Para ella, epidérmicas avaricias. Para él, delicias siempre renovadas. Caricias que los separaron.

Ricardo Cerezo Soza. Oruro.